

PA —
LA —
BRAS —
MA —
YO —
RES .

Cuentos del espacio

Ariel Cruz Vega
Ray Bradbury
Arthur C. Clarke
Isaac Asimov
Shin'ichi Hoshi





Cuentos del espacio / Ariel Cruz Vega ... [et al.]; compilado por Mercedes Calero. - 1a ed. - Buenos Aires : Factotum Ediciones ; Madrid : Editorial Popular, 2018.

112 p. ; 22 x 15 cm. - (Palabras mayores / Indij, Guido)

ISBN 978-987-4198-08-2

1. Antología de Cuentos. 2. Cuento. I. Vega, Ariel Cruz II. Calero, Mercedes, comp.

CDD 863

© Factotum Ediciones, 2018

Roseti 782 (1427)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

info@factotumediciones.com

© Editorial Popular, 2002, 2018

C/Doctor Esquerdo, 173 6ª Izda.

Madrid, España

www.editorialpopular.com

Compilación: Mercedes Calero

Coordinación editorial: Renata Cerelli

Prólogo: Hugo Salas

Diseño de tapa: Javier Basile y Melina Olivella | Grupo KPR

Ilustración de tapa: Melina Olivella | Grupo KPR

Diseño de interiores: Renata Cerelli

Armado: Brenda Wainer

Producción: Mariel Mambretti

Corrección: Mónica Campos y Álvaro López Ithurbide

ISBN 978-987-4198-08-2

Libro de edición argentina.

Impreso en India. *Printed in India.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Prólogo

Durante el siglo xx, la conquista del espacio exterior, última frontera del conocimiento humano, fue no solo uno de los principales proyectos bélico-científicos de las grandes potencias, sino también un proyecto cultural de la humanidad. La literatura, el cine, las historietas y la televisión se lanzaron a construir imágenes de esos nuevos mundos, e incluso la música hizo lo suyo, de la mano de algunas de las mayores creaciones de la música popular y también de la música contemporánea.

Paisaje privilegiado de la ciencia ficción, aquella realidad fue adquiriendo un sesgo cada vez más material y concreto, sin importar que los planes para su colonización efectiva fuera diluyéndose tras el fin de la Guerra Fría. Reducidos hoy a la categoría de atracción turística para millonarios aburridos, los

primeros viajes espaciales concitaron, en los albores de la segunda mitad del siglo pasado, fuertes expectativas de utopía y transformación sociopolítica.

Hacia el interior de la literatura, por su parte, el tema despertó el mismo debate que otros géneros modernos como el policial negro. ¿Se trataba de un discurso posible fuera de la cultura de las grandes potencias, o en las literaturas de la periferia esto siempre habría de sonar a trasplante, a novedad forzada, a impostación?

De ambas cuestiones -las connotaciones utópicas de la imaginación espacial y el carácter “alienígena” de esta temática en las literaturas periféricas-, se hace cargo el cubano Ariel Cruz Vega, en el primero de los cuentos que integran este volumen. Organismos como la Unión Galáctica y la Organización de las Naciones Unidas de la Tierra aparecen en función paródica dentro de un relato en el que el universo constituido encuentra a su vez nuevos foráneos fuera de la galaxia, escrito en una lengua que por momentos imita el registro de la mala traducción.

Le sigue una de las piezas más bellas de uno de los mejores libros de un canónico del género: “Ylla”, de las célebres *Crónicas marcianas*, de Ray Bradbury. Con su acostumbrado lirismo, y prestando mayor atención a lo emotivo que al carácter técnico o científico del

asunto, en pocas páginas el autor erige lo que cabría definir como una versión de *Los puentes de Madison* protagonizado por una marciana, sin una brizna de ironía. Desolador e inquietante, su delicada construcción hace de él una obra maestra del cuento a secas. Que la acción esté situada en febrero de 1999 –por aquel entonces, tiempo futuro pero no remoto–, nos vuelve más conscientes del carácter artificial y al mismo tiempo optimista, aun en la desesperanza, de aquella literatura.

Célebre tras el desmesurado éxito de la adaptación cinematográfica de su novela *2001: Odisea del espacio*, Arthur C. Clarke siempre dirigió su atención, más que a las ramificaciones humanas o sociopolíticas del espacio, a la consiguiente transformación tecnológica de la conciencia (y el surgimiento de nuevas formas de inteligencia). El cuento que aquí reproducimos se toma al pie de la letra la idea de Marshall McLuhan de que los medios tecnológicos son extensiones del cerebro humano, y la lleva aún más allá, en un preuncio que no deja de resultar interesante de lo que hoy se denomina la comunicación globalizada por medio de redes.

La obra de Isaac Asimov, por su parte, se incluye en la ciencia ficción más “dura”, es decir aquella fascinada por los elementos científico-tecnológicos de esta

ficción (con sus largas explicaciones, a veces más relevantes que el desarrollo estético de la trama). A esto se suma, en su caso, un marcado gusto por la lógica tradicional, que suele emparentarlo en algunos momentos al tipo de relato deductivo tan practicado en el policial por Conan Doyle. Ambos asuntos se advierten en el relato incluido en esta selección, que llega a incluir un epílogo en el que el autor debate una refutación a la probabilidad científica que respalda su argumento.

Cierra el libro un cuento de Shin'ichi Hoshi, autor japonés célebre por su trabajo sobre la brevedad, que ilustra otra tendencia fundamental de la imaginación planetaria del siglo xx: su afán moralizante en torno a las problemáticas ambientales del propio planeta Tierra, a partir de una concepción de "la humanidad" como especie galáctica contaminante.

Hugo Salas

Noticias de la tarde

Ariel Cruz Vega

En su juventud, Jack Mooney había perseguido noticias por toda la Unión Galáctica. Jack era muy alto y vivaz, de cabellos muy cortos según la moda, sonrisa fácil y la disposición de marchar siempre adonde estaba la acción. Los editores en la Tierra aplaudían su iniciativa y pensaban que podría ser el periodista perfecto, excepto por una infortunada tendencia al vicio y el desenfreno. Por eso eran cautelosos con su crédito.

Después de tanta galaxia recorrida, la noticia que hizo famoso a Jack Mooney le cayó en el regazo aquí mismo en la Tierra, en Nueva York. Todo comenzó con una llamada del señor Francis Milovax, ex Secretario General de la ONUT. El señor Milovax dijo estar de paso en la ciudad, y quería entregarle una información del mayor interés. Jack no preguntó más y alistó su equipamiento periodístico a toda prisa.

El lugar fijado por el señor Milovax para el encuentro era un bar de buen gusto, con códigos de barra y discretos muebles de auténtica caoba, en Quinta Avenida y Calle 22. Cuando Mooney llegó, el señor Milovax ya tenía un vaso en la mano y verificaba la autenticidad de su contenido con un analizador espectral japonés.

Había allí media docena de alienígenas procedentes de embajadas cercanas: un enorme Sirio tentacular aquí, mirando el televisor; un par de animados pólipos de Aldebarán allá; una especie de escarabajo de tres ojos en la barra, siguiendo el ritmo de la música con una de sus ocho extremidades. Los de Fomalhaut revestían sus finas extremidades con láminas de oro, que hacían entrechocar cuando estaban divertidos. Click.

De inicio, Mooney no reconoció a su anfitrión: el señor Milovax había engordado unas buenas treinta libras, se había dejado la barba y su rostro mostraba un saludable tono rubicundo. Llevaba un desenfadado atuendo de granjero: zapatos a dos tonos, traje color crema, sombrero de *cowboy*. Cuánto contraste, pensó Mooney, con el político que vestía trajes de Armani y que dos años atrás se dirigía desde el púlpito de la ONUT, con voz vibrante, a los ciudadanos de todo el Sistema Solar.

—Buenas tardes, señor Milovax —dijo Mooney, mientras tomaba asiento frente a él—. Lamento la tardanza; el tráfico estaba infernal.

—Es mi culpa por avisarle con tan poca antelación. Pero estoy seguro de que la primicia que le tengo compensará cualquier molestia. De hecho, le hará a usted tan famoso como se puede ser en toda la Vía Láctea. Y eso implica nueve razas inteligentes y cincuenta y ocho planetas habitados. Son muchos ojos y oídos a cubrir con suscripciones, señor Mooney.

Mooney miró el delgado portafolio de Milovax, olvidado en una silla.

—¿De qué se trata, señor? —Milovax sonrió.

—No tan de prisa, señor Mooney. Tenemos tiempo para conversar. ¿Por qué no pide algo? En este sitio sirven un excelente whisky.

Mooney, que tenía un apego por lo inusitado, pidió una costosa bebida parecida al coñac, extraída de las rocas de Mercurio. La probó y luego no pudo resistir la tentación y pidió una botella entera. El camarero humano la trajo en una hielera. A Milovax no pareció molestarle, aunque iría a su cuenta. Esto animó a Mooney:

—Hay algo que tendrá que aclararme antes de comenzar, querido señor. ¿Por qué me ha elegido justamente a mí para escribir ese artículo? Usted sabe

que mi columna se dedica a crónicas de viaje, más que a los vericuetos de la política.

El señor Milovax se encogió de hombros.

—Ese es el punto, hijo, que me gustan sus crónicas. Usted tiene una perspectiva global. Estoy seguro de que puede darle el tono justo a lo que tengo que decir. Y un amigo común me ha dicho que está usted metido en aprietos financieros. Sus acreedores mandan robots que se instalan junto a su puerta y lo molestan... Creo que podemos hacernos un favor mutuamente. Ambos necesitamos reivindicarnos. Mucha gente se pregunta la verdadera razón por la que renuncié a la presidencia de la ONUT y me enterré en un rancho olvidado de Dios, en Montana. Ha llegado el momento de exponer el iceberg completo.

Mooney extrajo una caja de cigarrillos del bolsillo pectoral de su abrigo, encendió uno y exhaló una nube de humo mentolado.

—Creo que hace lo correcto. Cierto que su prestigio nunca ha corrido peligro, pero la gente que lo apoyó a lo largo de su carrera política merece una explicación. No creo que nadie haya comprado esa historia de que el aire marítimo de Nueva York le producía alergias.

Y diciendo y haciendo, extrajo su equipo de filmación y lo configuró en un santiamén.

El equipo, conocido como “Murmurador” en el mundo de la noticia, era de lo más curioso. Consistía en una esfera del tamaño de un puño, que grababa audio y video, al tiempo que hacía una transcripción de la conversación entre los sujetos-objetivos. Mediante seis microjets podía seguir a un sujeto-objetivo dondequiera que se metiese, lo cual lo hacía muy útil en situación de terreno, en planetas remotos y peligrosos. El “Murmurador” era un privilegio exclusivo de periodistas acreditados y policías. De otra manera la ciudadanía habría armado un escándalo mayúsculo.

Milovax estaba acostumbrado a tales adminículos, y no parecía intimidado en lo más mínimo. Ahora se ocupaba en estudiar a la clientela del bar, especialmente a los alienígenas que conversaban conspirativamente entre sí. Volvió la vista hacia Jack.

—¿Se ha fijado, señor Mooney, cuán disciplinados son nuestros hermanos del cosmos? Nunca arman líos. Cuando yo decidí admitir sus Embajadas aquí en Nueva York, muchos dijeron que estaba condenando a la Tierra. Temían fricciones con la ciudadanía. ¡Ahora que incluso tenemos matrimonios interespecie sabemos que ni siquiera le pegan a sus mujeres! ¡Jesús! Creo que fue una de las decisiones políticas por la que merezco ser recordado.

Jack sonrió cortésmente.

—Ahora, señor, con respecto a nuestra historia...

—Oh, cierto, hijo. La historia que le quiero revelar, de la cual mi renuncia es solo el episodio menos significativo, comenzó hace dos años y acaba de terminar, bastante espectacularmente, hace apenas un par de horas en el escénico desierto de Arizona. Acabo de llegar de allá, como puede ver por el maldito polvo.

—¿En Arizona? ¿En el desierto? —preguntó Jack, genuinamente intrigado, mientras observaba al señor Milovax sacudirse el polvo amarillento de mangas y hombros.

—Exacto, no muy lejos del Gran Cañón del Colorado, en una instalación militar secreta de alta seguridad. De allí partió hoy la luminave *Gibraltar Strait*. No hicimos el lanzamiento desde Cabo Cañaveral para mantener el secreto. La *Gibraltar Strait*, construida con una tecnología enteramente nueva, se dirige más allá de la Vía Láctea, y va al encuentro con una avanzada civilización que se ha comunicado con la Unión Galáctica. La tripulación de la nave se compone de representantes de cada una de las nueve especies inteligentes que conformamos la Unión. Puesto que no es necesario prolongar el secreto por más tiempo, mañana a primera hora las Naciones Unidas hará el anuncio oficial. Yo quiero ganar tiempo para explicar

ciertas ramificaciones insólitas de este asunto. Un sencillo cálculo mostrará que este proyecto comenzó siendo yo Secretario General de las Naciones Unidas de la Tierra, y de hecho fui yo quien decidió que se llevara a cabo en el más riguroso secreto.

—¿Quiénes asistieron a ese lanzamiento, señor Milovax?

—Oh, embajadores y enviados especiales de cada una de las civilizaciones de la Galaxia. Un puñado selecto de altos oficiales de la ONUT. Científicos prominentes, comisionados de las naciones de la Tierra. Mirones profesionales. Y tres o cuatro jefes de Estado que tuvieron la suerte de encontrarse de paso. Hubo un regio banquete de despedida, ¿entiende usted?

—¿Alguna agencia de prensa? —preguntó Jack, alerta. Quería saber si era el momento de salir corriendo hacia el videófono y llamar a Max Leclerc, su jefe en la redacción del *Galaxy Times*.

El señor Milovax sonrió.

—No seas paranoico, hijo. Por supuesto que no. Los camarógrafos de la ONUT filmaron la ceremonia y el lanzamiento. Mañana se entregarán copias a todas las agencias de prensa que lo soliciten... Incidentalmente, quiero agradecer al actual Secretario General, señor Kilner, por invitarme a la ceremonia. Espero que el señor Kilner comprenda las causas que me mueven a

hacer esto. Sé que planeaba hacer el anuncio oficial él mismo, mañana, justo en el momento del Solsticio de Septiembre, cuando la *Gibraltar Strait* esté cruzando el borde externo de la galaxia. Pero entonces habrá tanto ruido que nadie escuchará mi voz.

Jack Mooney se sintió ligeramente aturdido. Y no era por el licor de Mercurio. Su instinto periodístico estaba mitad sorprendido, mitad horrorizado.

¡El primer viaje fuera de la Galaxia! ¡Escamoteado! ¡Cuanta información previa al despegue podía generar algo así! Reportajes científicos. Entrevistas con los científicos y constructores; con los tripulantes. Por supuesto, era la naturaleza secreta del asunto lo que hacía privilegiada la posición actual de Mooney, pero aquello merecía un poco más de indagación.

—Señor Milovax, ¿por qué esconder bajo la manga una empresa de esta magnitud, durante dos años? ¿Qué temía? ¿No anunció usted mismo cuando asumió el cargo que entrábamos en una Edad de Oro, una época de paz y cooperación tecnológica?

Milovax tomó la botella de bebida mercuriana y le aplicó su analizador visual. Estudiando el gráfico de los componentes decidió que le gustaría el sabor y se sirvió un trago.

—Desde una perspectiva galáctica, sí, hijo. Pero no necesariamente a nivel local. ¿Qué hay de Theodore

Ulgas y sus Alegres Muchachos? ¿Cómo quedaríamos ante las demás razas si hicieran una de sus bromas pesadas? ¿Y si en el último momento se infiltraban en la base y sustituían el cohete por algún artefacto obscuro de inspiración masculina? ¿Y si al momento de despegar los generadores comenzaban a lanzar fuegos artificiales en lugar de chorros de taquiones?

—Señor Milovax, hace tres años que Ulgas y su camarilla están reclusos en la Luna, ¿recuerda?

—Claro que recuerdo, hijo. Si están allí, fue también gracias a mi gestión. Es otra de las cosas por la que espero ser recordado. Pero no me quería confiar, tratándose de algo tan importante. ¿Lo hubiera hecho usted?

Jack lo pensó por un momento, y decidió que no. Los Alegres Muchachos eran bromistas incurables. Habían dotado la simple y tradicional travesura de una sofisticación cualitativamente nueva y la elevaron a una escala industrial... En una ocasión cubrieron con un condón gigantesco la chimenea de la central atómica abandonada de Three Mile Island. Otra vez, desde un helicóptero, lanzaron toneladas de pintura en espray sobre la estatua de la Libertad, que amaneció como un imposible arcoíris sobre la bahía. Por último, durante una tormenta de invierno, y utilizando un transmigrador de materia rigeliano,

trasladaron de *continuum* la Iglesia Ortodoxa de San Basilio, en el Kremlin y la sustituyeron por una gigantesca bola de helado de frambuesa.

El líder de aquella secta planetaria era Theodore Ulgas, un inglés de cuarenta y cinco años que guardaba en algún sitio un título de doctor en Antropología Comparada. Theodore Ulgas se regodeaba en comprometer el prestigio de la Tierra ante las demás razas de la Unión Galáctica. Una vez, en el transcurso de una entrevista televisiva, calificó a los Hermanos del Cosmos de “bichos sin corazón, repelentes y vomitivos”. Las demás razas, bastante más adelantadas y sabias, se abstuvieron cortésmente de comentar el incidente.

Cuando Francis Milovax obtuvo el puesto de Secretario General de las Naciones Unidas, luego de una distinguida carrera política, el punto de los Ulgas era fundamental en la agenda de cualquier político. Milovax pensó, correctamente, que la mejor manera de lograr que los Ulgas se fueran era convencer a su líder de que era una buena idea. En consecuencia, les hizo una serie de ofertas tentadoras, ofertas que ellos estudiaron larga y cuidadosamente.

Theodore Ulgas se decidió por la Luna. La Luna era en esos momentos un gigantesco laboratorio de cría de diamantes y semiconductores, pero los científicos

estaban felices de cederla como prisión, a cambio de trabajar tranquilamente en la Tierra. Los Ulgas tenían allí todo lo necesario para subsistir y progresar, caso de que tuvieran la voluntad de trabajar, lo cual muchos dudaban.

La ONUT tenía prisa por purgar la casa de familiares embarazosos para poder invitar a los amigos de la Galaxia. Apenas Ulgas y sus Alegres Muchachos se fueron con su música para la Luna, la Tierra abrió las Embajadas. A nadie escapó la ironía de que los humanos se entendieran mejor con ciertos seres de aspecto extravagante oriundos de estrellas a decenas de años-luz, que con miembros de su propia especie.

Todo esto desfiló por la mente de Jack Mooney en apenas un instante. Se pasó la mano por la mejilla, sintiéndola áspera por la falta de un buen afeitado, y dijo:

—Con todo respeto, señor Milovax, me parece que hay algo de irracional en el temor suyo a que, desde la Luna y ajenos a todo, los Ulgas boicotearan el proyecto. Quizá será mejor que comience la historia desde el principio.

Milovax se frotó sus manos coloradas y regordetas e hizo sonar sus nudillos, uno de sus gestos característicos. Apoyó los codos en la mesa.

—Muy bien, joven. Como le dije, dos años atrás, antes del proyecto, yo estaba muy contento con mi

desempeño como Secretario General de la ONUT. Aquella mañana en que se presentó el representante de la Comisión Conjunta para hablarme del Primer Vuelo Extragaláctico, yo me regodeaba en el éxito del Acuerdo Múltiple para la Colaboración Intragaláctica.

“El coordinador del proyecto era mi amigo el señor Mnam Pbauk, de Fomalhaut... una especie de escarabajo hermafrodita, idéntico punto por punto a aquel que usted ve allá en el bar, reciclando la lata de cerveza. Estos escarabajos han sustituido los engorros y peligros de la reproducción por la clonación. Tienen un gran sentido práctico, y son muy directos y precisos, de modo que la Alianza los utiliza todo el tiempo como representantes en cuestiones científicas y de negocios.

El señor Pbauk me hizo saber que la Alianza había establecido contacto con una especie racional fuera de nuestra Vía Láctea, y que había decidido fabricar en la mayor brevedad posible una luminave para enviar allá una avanzada multirracial, representativa de nuestra comunidad. La especie con que se contactó, conocida con el nombre arbitrario de *Foráneos* parece inconmensurablemente más desarrollada que nosotros y están dispuestos a cedernos sus conocimientos y tecnología, si consideran que los merecemos. Desgraciadamente, debido a ciertas

extrañas características psicofisiológicas, los *Foráneos* no pueden trasladarse, o tal vez sencillamente no ven la necesidad, pienso yo.

Sin preámbulos, el señor Pbauk pasó a cuán importante era enviar una delegación que causara buena impresión a nuestros hermanos mayores. A mí me pareció obvio, y lo tranquilicé explicando que nos esmeraríamos en la selección. De lo cual el señor Pbauk se apresuró, con toda cortesía, a hacerme desistir”.

—¿Cómo así? ¿La Alianza pretendía saber mejor lo que es un humano representativo?

El señor Milovax sacó del bolsillo interior de su saco una cigarrera y le ofreció a Mooney un habano.

Escogió para sí un Romeo y Julieta de un palmo de largo y lo encendió apreciativamente, difundiendo un penetrante olor acre.

—No, señor Mooney. La Alianza nunca habría incurrido en un error tan grosero. Nuestra Comunidad Galáctica se basa precisamente en el reconocimiento de la relatividad cultural de nuestras razas. Ellos tenían un tercer plan, que en aquel momento incluso a mí me pareció el mejor. Ahora, no sabría qué decir.

Jack Mooney estaba fascinado. Encendió su propio habano y rellenó los vasos con un gesto practicado.

—Continúe, por favor.

—Según ocurre, los psicólogos más sesudos de la Alianza confiaban en poder extrapolar de las comunicaciones información y determinar qué características les parecerían loables a los *Foráneos*. Un buen truco. De hecho, habían elaborado un programa de selección relativamente sencillo, a aplicar en cada una de las especies de la Unión Galáctica. El señor Pbauk tenía aquel programa en su poder cuando visitó mi oficina. En realidad, el objeto de su visita era confirmar que participaríamos en el proyecto, y convenir una fecha a la mayor brevedad para correr el programa en nuestra computadora central. El *software* escogería a los nueve candidatos y los nueve suplentes. En los dos años siguientes, mientras se construía la nave, los escogidos serían entrenados física y mentalmente para la misión.

—¿De modo que la selección la haría una máquina?

Milovax se encogió de hombros y su rostro adoptó una expresión simpática.

—¿Por qué no? Hemos confiado en las computadoras desde hace tanto tiempo que ahora no hay marcha atrás, ¿cierto? Y no nos ha ido del todo mal. Las demás razas de la Unión Galáctica, siendo más antiguas y sabias, también las usan... A propósito, conservé una copia del programa. Pensé que usted querría tenerlo.

Y le entregó a Mooney un cubo de memoria cristalina azulada. Mooney lo miró un instante y alzó la vista.

—Pero, supongamos que las Naciones Unidas de la Tierra no estuviesen conforme con la selección hecha por este programa, ¿qué sucedería?

—Ah. Pues la Alianza dejó bien claro que una delegación no escogida por su representante tendría un estatus separado dentro del proyecto, y no se permitiría que comprometiera el éxito de la misión. No había alternativa, de modo que cuando el señor Pbauk salió de mi oficina hizo saber a sus superiores que contaban con toda nuestra colaboración.

“Lateralmente, nuestros muchachos de relaciones públicas comenzaron a pensar en formas de elevar la moral de los escogidos. Se nos ocurrió una pequeña celebración dentro del edificio de la ONUT. Nos tomamos la libertad de adelantarnos a los acontecimientos y reunir a unas trescientas personas. Allí se congregaron premios Nobel y Miss Universos, campeones mundiales y economistas brillantes. Si aquel programa que correría el señor Pbauk tenía algún sentido, los escogidos necesariamente saldrían de allí. Ninguno sabía exactamente para qué diablos se escogería a dieciocho de ellos, pero sí sabían que se trataba de algo espectacular. De alguna manera

se enteraron de que había quince cajas de champán aguardando la ocasión”.

—¡Vaya! —exclamó Jack Mooney, imaginando tamaña fiesta—. ¿Y bien?

—Pues, llegado el Gran Día, el señor Pbauk se sentó dignamente a la máquina e hizo correr el programa. La computadora traqueteó y parpadeó unos tres minutos antes de emitir el primer nombre, SEBASTIÁN ULGAS, LUNA. Seguido de MARK, VITTORIO y SERGUEI ULGAS. Y así los nombres de dieciocho Alegres Muchachos residentes en la Luna.

El señor Francis Milovax bebió su trago de un sorbo. Mooney se obligó a cerrar los labios.

—Un error, seguramente. —Entonces se llevó un dedo a los labios—. O una conspiración. ¡Una bufonada de Ulgas!

Milovax sacudió la cabeza.

—Lamento informarle que no fue así, hijo. Los mejores especialistas de la Alianza Galáctica verificaron una y otra vez. Las computadoras no se equivocan. No había error; sencillamente los parámetros que exigían los *Foráneos* no eran los que esperábamos.

—¿Cómo así?

—Los psicólogos que hicieron el programa nos lo explicaron en dos minutos. Los *Foráneos* son seres que funcionan con una lógica completamente diferente a

la nuestra. Baste decir que hace mucho olvidaron las matemáticas, que hace mucho renunciaron a clasificar el universo de acuerdo a categorías equivalentes a las nuestras. No les impresiona nada que pueda ser construido, copiado o simulado artificialmente: ni la belleza física, ni la capacidad científica, ni siquiera la creación artística.

—¿Qué diablos esperaban, entonces?

—Los *Foráneos* están pasando por una etapa de silicio. Circuitos, programas. Ellos temen perder en la evolución algo a lo que llaman “el misterio de la chispa creativa inicial”. Lo que más parece motivarles en este punto es la capacidad de algunas razas jóvenes de hacer cosas gratuitas sin ningún motivo práctico. O con motivos ilógicos desde el punto de vista práctico.

Mooney alzó las cejas.

—Usted me está tomando el pelo, señor Milovax. Eso me parece solo un montón de palabras. ¿Se lo tragó usted?

El viejo Milovax sonrió.

—El espacio es vasto, y no serían los *Foráneos* los únicos con los que haríamos contacto. Si la Alianza se responsabilizaba por aquella selección, yo también debía hacerlo. Era un *cul-de-sac* político. No podía impedirlo, ni podía hacerlo público. Al día siguiente, con cualquier pretexto, presenté mi renuncia y me

retiré a mi rancho en Montana, donde desde entonces levanto yo mismo mis cercas, cuido de mi ganado y me dedico a la cría de collies de exhibición. Oh, y también he hecho algo que tenía pendiente: me he casado.

Y, con un gesto, el señor Milovax señaló hacia la entrada del bar.

En ese instante llegaba una bella muchacha rubia, de alrededor de veinte años, con una voluminosa bolsa de compras en cada mano. Vestía de una manera provocativa y juvenil, al punto que el mismísimo diplomático de Fomalhaut, el escarabajo clonado, se volvió para observarla con admiración, haciendo entrechocar divertido sus extremidades doradas. Click.

La chica se sentó en el discreto circular junto al señor Milovax, y tomándolo del brazo, pidió un refresco de frutas. El señor Milovax hizo las presentaciones.

—¿He llegado demasiado temprano, cariño? —preguntó la señora Milovax, con una deliciosa voz adolescente—. Nueva York es tan seria y tan vieja que casi no he encontrado nada a mi gusto. Excepto un vestido de piel de gubk denebiano y algunas chucherías. ¿Quieres que te muestre? —Y echó mano de la bolsa de papel.

Milovax sonrió.

—Ahora no, cariño. Ya casi termino con el señor Mooney. Entonces tomaremos un aerotaxi al hotel y allí conversaremos.

La chica hizo un puchero.

—Al hotel no, Frankie, por favor. Todo el mundo actúa como si alguien hubiese muerto. ¡Vámonos a Montana, a cabalgar!

Milovax la besó en la mano.

—Como quieras, amor. En un momento, ¿bien?

Y se volvió a Jack Mooney.

—Eso es aproximadamente todo, señor Mooney. Aproveche la noticia. Quiero decirle que en estos dos años, la felicidad casi me había hecho olvidar este insólito asunto. Excepto que hace una semana sonó el teléfono y me invitaron a Arizona a presenciar el lanzamiento de la luminave. Como una disculpa final con la ONUT por mi atrevimiento al adelantar estas informaciones, debo decir que no seré el único. También el señor Theodore Ulgas dará la primicia informativa, de un momento a otro. Me lo confesó hace un par de horas, en Arizona.

—¿Theodore Ulgas estaba allí?

El señor Milovax se puso de pie.

—Claro. Legalmente es un jefe de Estado, ¿recuerda? La República Popular Autónoma de la Luna. Theo lo

ha sabido todo desde el principio, puesto que nuestros embajadores son ciudadanos suyos. Él ha guardado silencio hasta aquí, pero ahora que la nave va en camino, puede apostar a que el ruido de la fiesta se escuchará aquí abajo.

Ahora Mooney caía en la cuenta de que el bar se había animado y que había un movimiento general hacia el televisor. Alguien anunciaba apresuradamente un espectacular *exposé* para las noticias de la tarde.

—¿Usted conversó con Ulgas en Arizona? ¿Qué estaba haciendo?, ¿qué dijo?

—Pues, estaba animando a sus muchachos, ¿qué cree? Lo mismo que haría yo en su lugar. Hasta el último momento los irremediables Ulgas estuvieron haciendo de las suyas en el cosmódromo. Las demás delegaciones estaban ya embarcadas y durmiendo, mientras los Ulgas decoraban la nave con flores de nueve pisos de alto, y se tomaban fotos, borrachos como cubas. Valientes embajadores para enviar allende las estrellas.

Jack desconectó el “Murmurador” y lo guardó en su mochila. Pero a pesar de ello hizo una última pregunta, de interés personal.

—Señor Milovax, ¿considera usted que al final Ulgas venció?

El señor Milovax pareció considerar el punto, más bien divertido.

—Francamente no lo creo, a pesar de todo me sigue pareciendo un bufón. Claro que fui educado para verlo así. Pero bueno, en un mes la *Gibraltar Strait* llegará a su destino y sabremos el veredicto de una raza infinitamente más antigua y sabia que nosotros, ¿cierto? Tampoco me considero vencido a nivel personal. ¿Sabe lo que hizo Ulgas en el bar de la instalación militar? Se acercó y me dijo no sin cierta tristeza: “¿Te fijaste, Frankie? Yo no estaba en la lista. Parece que no soy tan genial como pensaba”.

El señor Milovax tomó a su esposa del brazo y juntos se dirigieron a la salida. Jack y el insecto de Fomalhaut los observaron hasta que se perdieron en el sol de la tarde. El insecto volvió a deleitarse en las piernas de la chica, y entonces miró a Jack, e hizo un gesto significativo. Un gesto universal, que Jack comprendió plenamente y le hizo reír. Click.

Ariel Cruz Vega (La Habana, 1969). Escritor, narrador y geógrafo cubano. Autor de historias de ciencia ficción y especialista en el subgénero “ciber-punk”. Ha publicado cuentos en antologías de Cuba, Argentina, México, Colombia y Canadá.
